



ILUSTRACIÓN: JULIO HERRERA

EL MUNDO, ESTARÁ AHÍ AFUERA

Solange Rodríguez

Las molestias severas aparecieron justamente el año en que iba a tomar la pensión por retiro. Que no se hiciera ilusiones porque en salud se le iría casi todo el dinero del finiquito de la escuela, le advirtieron los de la asociación de jubilados, pero ella siempre había sido un junco, una planta fuerte y flexible que gobernaba su cuerpo a voluntad, e imaginó que la gripe estacional que había pescado al inicio del semestre pronto se le pasaría.

La tos persistió con sutil intermitencia. Primero fueron sacudones en el pecho que interferían con sus clases, mientras planeaba representar, en vísperas de la fiesta cívica, una de las batallas más importantes de la independencia nacional. Durante los recesos conversaba con sus compañeros de trabajo sobre la idea que tenía con los muchachos de su curso de fabricar un gigantesco mapa a gran

escala para celebrar el aniversario patrio. Tendría una cordillera de engrudo plateado que representaría un vívido enfrentamiento bélico en las montañas: caballitos pintados del color de la nieve, soldados verdirrojos dramáticamente abaleados y pensaba que la tos que la interrumpía era de emoción por exhibir el trabajo tan inspirado de sus chicos. Era una sensación de alegría tan enorme que tomaba todo el aire que le quedaba dentro.

Cuando los alumnos sacaron la purpurina roja de los tarros y la espolvorearon sobre el foami refulgente donde se había esparcido la sangre de los padres de la nación, Barbarita preguntó, —regándola generosamente por toda la maqueta—, por qué la patria no tenía ninguna madre. Llegó el dolor de garganta, parecido a un rasguño en la mucosa faríngea que a los pocos días ardía como si se hubiera hecho un corte. Con cada trago de saliva iba maltratando su amígdala derecha hasta llenársele los ojos de lágrimas. Ella tan chacharera, paró de hablar y solo asentía con la cabeza para demostrar que casi siempre estaba de acuerdo con las ideas que tenían sus estudiantes, quienes querían añadir a su proyecto corceles despanzurrados, figuritas de pesebre, y muñequitos de Lego desmembrados que iban buscando sus cabezas entre los escombros.

La última semana antes de la feria escolar, ella perdió la voz. Maquetar se volvió aburrido porque debía colocar las instrucciones en la pizarra en lugar de hablarlas. Hubo insistentes peticiones de silencio y la pésima idea de una campanilla para pedir turnos de palabra que los chicos sacudían por molestar, a cada rato. Para ese entonces el proyecto había crecido y tomaba ya la mitad de las baldosas de su aula de primaria. Los niños, a su propio aire, habían pintado ríos enrojecidos con la sangre de próceres; elaboraron ciénagas profundas e inexploradas en la que se hundían incautos, pero también fabricaron jinetes vencedores que iban agitando sus sombreros mientras montaban dinosaurios, en un derroche de creatividad que la conmovió. Su última promoción había creado algo tan bello como un cuadro del Bosco.

La segunda noche en que no pudo dormir, con la garganta prendida en fuego, ya había agotado todos los remedios caseros que recordaba. Desde los jugos de jengibre hasta las cucharadas de rábanos con miel sugeridas por los colegas de oficio, que, como ella, ya hacía rato se habían acostumbrado a sufrir de faringitis crónica. Tomó el tiempo que transcurría entre los accesos violentos de tos seca que la hacían sacudir de pies a cabeza. Le daba uno cada diez minutos. Era una tos angustiante que le impedía coger sueño. Bebiendo manzanilla caliente e hipnotizándose con la estática de la televisión para poder adormecerse sin convulsiones, escuchó cuando alguien del cuarto conjunto le gritó: ¡Ve al hospital de una buena vez, maldita mujer!

Soñó que se cortaba los dedos de los pies con una tijera para terminar de decorar el proyecto de la escuela. Las hojas aceradas estaban apetitosas sobre la mesa, y ella se quitó las sandalias de lana raída con las que entraba al salón para dar sus siete horas de clase, y con velocidad, zas, zas, se cortó la punta de los dedos gordos que siempre le habían molestado porque eran gigantes en comparación con los demás. Dejó las falanges

parejas por primera vez en su vida. Intentó ocultar bajo el papel crepé esos muñoncitos pintados de cereza, pero una de las parvularias más jóvenes los vio y empezó a dar de gritos porque creyó que eran ratones y ella dijo bajito perdón, perdón, me muero de vergüenza, no sé qué me pasó por la cabeza cuando hice eso. Los niños miraban el reguero de sangre fresca con ojos desmesurados y todas las profesoras les dijeron que no teman, que solo se había derramado refresco y se afanaron en distraerlos con las guirnaldas de flores y los globos colorados que pendían del techo del salón arreglado de rojo y blanco. Las maestras corrieron y metieron a toda velocidad los muñoncitos en una funda de sánduches recuperada donde aún había migajas del almuerzo.

Salieron con ella montada en una silla rodante de escritorio rumbo al hospital donde no hacía más que deshacerse en disculpas porque ahora no sabía si eso que se hizo contaba como accidente y si lo iba a cubrir su seguro médico. El enfermero iba con ella, empujándola por salas sin rumbo por donde iban apareciendo gente con caras largas que esperaba el usual desenlace en un hospital del estado. Es aquí y no es aquí y todos esos relojes que jamás daban la hora exacta le decían que llevaba dando vueltas solo diez minutos, sosteniendo dos pedazos extraños de su propio cuerpo que ahora lucían renegridos. ¿Le irían a pegar esos dedos muertos a sus pies, como en las películas? Y volvió a pasar otra vez por donde las compañeras que murmuran a sus espaldas diciendo que por su culpa el departamento de español se iba perder el primer premio de los proyectos cívicos, y otra vez iban a ganarlo las profesoras de historia que tenían un mejor control de las clases.

113

Al día siguiente fue a ver al médico del instituto, llegó con una base oscura en la voz como si arrastrara cadenas pesadas. Era un hombre mulato y poderoso, con diminutos lunares de carne cerca de los ojos. Olía agradable, a una mezcla de desinfectante y de lavanda. Él le examinó la garganta con una espátula y una linterna minúscula. Le puso cara de mala pinta y le recomendó reposo. ¿Reposo doctor? replicó ella con las cuerdas vocales estrujadas, pero pasado mañana es el concurso de las maquetas y falta ultimar detalles, no están listas las banderitas de los balcones para el desfile del triunfo ni las insignias de los soldados; y la vio interrumpirse para toser completamente hueca. Una tos nerviosa, una tos que provenía, más que de los pulmones, del corazón.

No se preocupe tanto, profesora. Que se encarguen sus alumnos. Cuando usted se recupere de su enfermedad, el mundo todavía estará ahí afuera, sentenció. Descanse esta tarde, descanse mañana y vuelva el viernes cuando ya se haya organizado el concurso. Nada importante habrá cambiado. Entonces le contó la historia de Atlas, el titán que no se cansaba jamás de sostener los cielos. La criatura portentosa que desde el inicio de los tiempos cargaba la bóveda de las estrellas sobre sus hombros, sin mover ni un músculo de su espalda ni quejarse. El doctor, con su barba blanquecina y sus lunares castaños sobre la nariz, le sonreía con amabilidad y ella le replicaba tosiéndole incontenible en la cara porque no había metido ni un pañuelito facial en la cartera. Cuando Atlas se canse de sostener el horizonte, se desplomará el mundo, pero aún falta

mucho para eso. En cambio, a usted le falta poco para dejarlo caer. Mejor descanse. ¿Pueden permanecer sus alumnos sin usted? No sé doctor, son terribles, Ay, Barbarita es cosa seria. Descárguese de un par de obligaciones y va a estar bien. Descanse, esa es la prescripción. Y se estrecharon las manos en señal de un acuerdo, dejando la suya con un leve olor almizclado que ella olfateó por bastante rato.

En cuanto llegó a casa y su perro protestó por el extraño tufillo del consultorio médico, empezó la fiebre. Era un sopor aguado que levantó su cuerpo por los aires y la dejó desmayada en el sofá junto a la puerta de entrada de su enano departamento. Aplastada por una compresión invisible como cuando en ciertos periodos del mes aún la invadía la nostalgia inexplicable por los amores pasados, cometió el error de hacer un inventario de los últimos años. Recordó o soñó que un novio de su juventud le había escrito una carta que había prometido replicar hacía meses, pero no lo hizo porque entonces le encomendaron el noveno de primaria con todos los conflictos que cargaban los chiquillos de una escuela pública con padres siempre en pie de guerra.

Era una carta triste donde él le decía que estaba empezando sufrir la depresión de su viudez y que para aplacarla iba a empezar a aprender a tocar con la guitarra los acordes suaves de esa cancioncita lastimosa de Alci Acosta de por qué se fue, por qué murió y ella lo recordaba en los momentos dulces de la juventud cantando en coro sobre la querida presencia del comandante argentino en Nicaragua, queriendo hacer juntos la revolución, pero terminaban haciendo todo lo que las parejas hacían juntas a puerta cerrada. Y la calentura le ponía húmeda la frente y le hacía perder la noción de donde estaba el arriba y el abajo.

Se despertaba babosa de fiebre, iba por agua a la cocina, arrastrando los pies y pensaba en sus alumnos construyendo llanuras de engrudo y mazapán sobre las que corrían corceles fantásticos y luego, mientras dormitaba, le pareció escuchar un estruendo y un correteo masivo que le hizo romper algunas de las tazas de la cocina. Pensó que eran cohetes celebrando la independencia de la ciudad. Calculó que eran las ocho de la noche, pero aún el cielo lucía bastante claro y no alcanzó a ver ningún fuego de artificio. Tenía hambre, pero las flemas que le roncaban en pecho no le habrían permitido tomar ningún bocado. Tomó un libro grueso de la estantería y quiso tenerlo junto a ella, para mayor seguridad. Llamó al perro cariñoso para que durmiera en su pecho, pero él parecía más interesado en husmear lo que pasaba del otro lado de la ventana, que en reposar a su lado. Se puso de lado y sintió como si el universo estuviera aún más inclinado que antes, y con esa sensación extraña se quedó dormida, prometiéndose que contestaría la carta pendiente a la primera hora del día.

Cuando se despertó, luego de haber sentido que sobrevivía algo tan arduo como nadar de noche, era cierto que el mundo seguía ahí afuera, tal y como le había dicho el médico. Estaba fresco y silencioso. Como todas las mañanas abrió las cortinas y, sobre-cogida, vio la rebanada de horizonte pendiente que aún no se había desplomado sobre la tierra. Sostenía de milagro un buen coágulo de estrellas, como una pesada gota de

goma que se balancea, a punto de dejarse vencer por su densidad, hecha de engrudo o de silicón. El ambiente estaba lleno de una bruma harinosa que relucía con la luminosidad de un escenario nebuloso y seco. Recordó ese cuento corto que solía leerle a sus alumnos, ese del último hombre sobre la tierra que se lanza por una ventana y mientras cae, escucha, sin esperanza, sonar un teléfono.

Supo que ese no era el mundo que recordaba. Ya no tendría que pensar en terminar la carta para ese viejo amor para el que ya no hallaba palabras. Ni idear qué hacer con todo el tiempo libre que tenía por delante si tomaba la jubilación. Se colocó la mano en la garganta, con alivio comprobó que hablar le dolía un poco menos. Empezó a caminar y se incrustó en el horizonte cortado con estilete, que el perro iba husmeando con desconfianza. Le pareció ver a la distancia un cielo de purpurina que se desmoronaba en migajas; y entonces apresuró el paso cuando vio atravesar la calle a tres corceles rampantes hechos de papel crepé. Bien sabía ella que un curso escolar que se abandona mínimamente podría terminar involucrado en alguna desgracia.